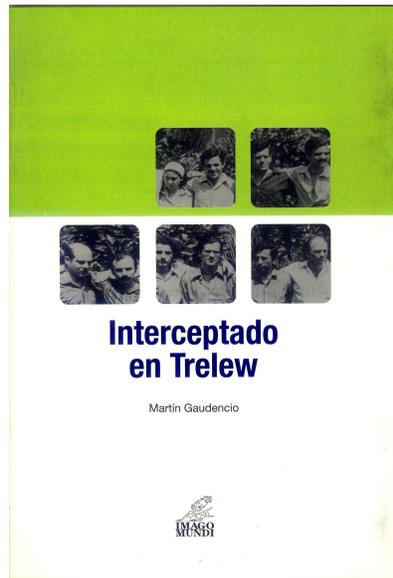


Interceptado en Trelew. Martín Gaudencio. BsAs. 2011. Imago Mundi, 116 págs.



En 1972 Argentina era un polvorín. Un gobierno militar elegido por nadie y que tenía como cabeza visible al general Alejandro Agustín Lanusse, trataba de mantenerse en pie acosado por las luchas obrero-estudiantiles iniciadas cuatro años atrás, a lo que se sumaba la estrategia de desgaste en su contra, llevada adelante por Juan Domingo Perón desde el exilio madrileño. Súmese a ello las acciones armadas que llevaban adelante organizaciones guerrilleras tanto marxistas como peronistas. Que no sólo se multiplicaban potencialmente sino que tenían además el visto bueno de la población en grandes ciudades como Buenos Aires, Córdoba y Rosario. La dictadura creyó conveniente concentrar a los más caracterizados detenidos políticos en el penal de Rawson, como una manera de aislarlos y quebrarlos emocionalmente, al sacarlos de su hábitat natural y trasladarlos al frío sur de nuestra patria. Allí se sobrevivía en condiciones rigurosas de encarcelamiento y confinamiento y una fuga parecía imposible. Parecía...

La fuga llegó. Previamente, los reclusos, habían estudiado hasta el más mínimo detalle y la primera conclusión a la que llegaron era que, las

fuerzas represivas estaban acantonadas y parapetadas pero repeler una posible ofensiva desde afuera en pos de liberar a los presos. Nunca esperaban un ataque desde adentro. Con lógica cartesiana se abocaron a concluir con éxito esta posibilidad que “a priori” parecía remota y con bajas chances de éxito. El 15 de agosto de aquel año un grupo de guerrilleros encarcelados tomó el penal, pabellón por pabellón, hasta acceder al exterior del mismo. Un problema de logística impidió la fuga del total de los presos y solo pudieron hacerlo –decidido por ellos mismos, por el conjunto- los jefes de aquellas organizaciones guerrilleras del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros. En automóvil pudieron llegar al aeropuerto de Trelew, copar un avión y trasladarse al Chile de Salvador Allende.

Hasta aquí, sucintamente, una narración de lo sucedido.

Pero nunca supimos en detalle que ocurrió en ese vuelo. De que modo fue tomado previamente el avión por otros guerrilleros camuflados entre el pasaje para facilitar la fuga. Como llegaron los evadidos a la aeronave. Quienes formaban parte de la tripulación, ajenos hasta el momento a los hechos que se iban sucediendo. Que relaciones humanas se conformaron entre secuestradores y secuestrados una vez nuevamente en vuelo. Que historias de vida arrastraban los primeros.

Interceptado en Trelew, obra superadora de Martín Gaudencio (que ya me había maravillado como su opera prima *El vuelo del Pegasonegro*), cubre con creces las expectativas sobre lo ocurrido. Explica narrativamente –a través de una escritura excelsa y precisa- como se fue desarrollando esta trama de suspenso e intriga que atrapa desde su inicio. Será muy difícil que quien lea esta obra no quede conmocionado por lo sucedido.

Y permítaseme una disgregación al respecto. Voy a hablar desde la experiencia, de lo fáctico, del día a día, de lo que me fue transmitido más de una decena de veces por diferentes personas.

Cuando sucedió días más tarde, el asesinato a sangre fría, del resto de los evadidos de Rawson (que no pudieron tomar el avión que los conducía a la libertad) por personal de la Marina de Guerra en una base militar, una inmensa ola de estupor primero e indignación después, cubrió el país de punta a punta y arrasó como un tsunami con las formales apariencias “democráticas” que solo servían –una vez más, como en la Semana Trágica

de 1919, como en los fusilamientos de peronistas en 1956- para tapar un crimen del Estado al servicio de los poderosos.

Con la masacre de Trelew consumada, miles de muchachos dejaron de lado su conformismo, su indolencia y su mirar para otro lado, para asumir el compromiso de luchar por una Argentina digna y justa. Si fuese necesario, con las armas en la mano. Martín Gaudencio lo explicita muy bien con uno de sus personajes del relato (el joven Saíto), que involuntario testigo del secuestro, decide no ser neutral. Y tampoco Gaudencio lo es. Asume su compromiso a través de la escritura que desarrolla en este libro: y de una forma clara, concisa y rotunda lo explicita en la dedicatoria que abre el relato: “A los treinta mil desaparecidos y a los millones de víctimas del terrorismo de Estado”. Habla de su integridad y sus principios. Mi reconocimiento lo acompañará siempre.

Roberto Baschetti. Julio de 2011